

*A las afueras de Jackson (Wyoming)*

Aquella era la casa que había de cambiar su suerte para siempre. Podían presentirlo. En cuanto Cole tomó el desvío de la carretera principal y, tras cruzar la portilla abierta de una cerca de ganado, comenzaron a ascender en dirección norte por el polvoriento camino del cañón, todos pudieron percibirlo: dinero. Era una suerte de vibración en el aire límpido de la montaña, algo que flotaba en él como una promesa, como una expectativa que reseca la boca y erizaba la piel a medida que avanzaban en la camioneta. Casi podían tocarlo en el viento que mecía las últimas hojas del verano y acariciaba la hierba de los campos que ya amarilleaban mientras sonreían a las aguas moteadas del río que corría más abajo. Todo en aquel lugar hacía pensar en dinero. Un dinero que solo aguardaba a ser arrancado de la tierra: las hojas relucientes como billetes; las aguas, titilantes como monedas de plata.

Necesitaban esa obra, ese golpe de suerte. Significaba trabajo para un año entero, si no más. Nada que ver con las chapuzas ingratas y tediosas en las que se habían dejado la espalda durante los últimos años. No, esto era algo con lo que labrarse un nombre, una reputación de la que vivir durante décadas. El tipo de casa de diseño que uno puede admirar después y señalar con orgullo, diciendo: «Eso lo construí yo. Con estas manitas».

La clase de vivienda que podrían visitar con sus nietos cuando fueran viejos y en la que siempre serían bien recibidos, como maestros de un arte en vías de extinción.

Bart iba en el asiento del copiloto, parpadeando mientras contemplaba el desfiladero que acababan de dejar atrás y que se abría a menos de un brazo de distancia del sendero de grava por el que transitaban. Solo hacía un kilómetro y medio que habían abandonado la carretera general y el paisaje ya era completamente salvaje. Más abajo, el río serpeaba con ímpetu, blanco y azulado, formando cascadas. Sobre sus cabezas, el agua descendía por las laderas inferiores de la montaña derramándose en hilos plateados que semejaban una gran melena cana.

Bart tenía un buen pedazo de tabaco de mascar metido en la boca y, de tanto en tanto, escupía en una lata de Coca-Cola vacía.

—Llevo casi veinte años viviendo aquí y nunca había puesto el pie en este camino —dijo, mirando a Cole, que conducía sobre la pista de grava con extremada prudencia.

Aparte de un fastidio considerable, pinchar en aquel lugar remoto supondría llegar tarde a su encuentro con la dueña de la casa, con quien se habían citado a mediodía.

—¿Habías estado aquí alguna vez, Cole?

Cole negó con la cabeza y, por un momento, clavó su mirada en Bart hasta que la carretera volvió a requerir toda su atención. «Esto es una finca gigantesca de territorio virgen, propiedad privada», quería decir la mirada, «a la gente como tú y como yo no la invitan a lugares como este.»

—La dueña me dijo que el verano pasado abrió un acceso para coches —explicó Cole—. Deberíamos encontrar el desvío a unos tres kilómetros. —Y señaló con el dedo hacia las montañas que tenían enfrente—. Por ahí delante, supongo.

—¿Te imaginas la pasta que se ha gastado? —dijo Teddy desde el asiento de atrás—. Quiero decir, ¿un camino de acceso de tres kilómetros? ¿Aquí arriba? Eso es una obra digna de zapadores.

—Dinero de California, es lo que hay, joder —dijo Bart—. Ya no caben todos en el puñetero estado. Les sale más barato venirse aquí y construirse una casa en mitad de la montaña que comprarse un piso bonito pero pequeño de dos habitaciones en San Diego o en Los Ángeles. Les sale más rentable construirse una casa en las nubes. En mi opinión, están locos.

Durante toda la primavera y todo el verano había hecho un calor desacostumbrado en la parte occidental de Wyoming y el aire desprendía un dulce olor a salvia. El cielo de finales de agosto era de un azul febril y estaba salpicado aquí y allí de nubes algodonosas. En el asiento de atrás, Teddy estudiaba un nomenclátor mientras se mordía el labio inferior y deslizaba el dedo sobre uno de los mapas. La camioneta dejó el cañón a sus espaldas y Bart sacó un brazo por la ventanilla. Un poco más adelante, cuando alcanzaron un calvero rodeado de árboles, estiró el brazo hasta tocar la rama de un pino y arrancó un puñado de agujas. La cabina del vehículo se impregnó entonces del olor a pino, que se mezcló con el del tabaco mentolado, marca Copenhagen.

Los tres hombres iban vestidos un poco más formales que de costumbre. Pantalones Carhartt bastante nuevos e impolutos, camisas de cuadros de manga corta y botas de trabajo algo gastadas pero lustradas hasta brillar. Cole se miró en el retrovisor, atusándose el corte militar de su pelo castaño y estudiando su rostro recién afeitado —la piel irritada bajo la mandíbula, los dientes blanqueados hacía poco—. Bart jugueteaba con su navaja de bolsillo, limpiándose las uñas, mientras Teddy suspiraba de tanto en tanto y tamborileaba con los dedos sobre los muslos.

Rapado casi al cero, el cabello rubio de Teddy dejaba entrever aquí y allí una constelación de manchitas violáceas de nacimiento, que Bart esgrimía a veces como prueba irrefutable de los muchos defectos con los que había nacido Teddy: un coeficiente intelectual por debajo de la media, una brújula moral desasosegantemente férrea o el desmedido orgullo que sentía por la

que era su esposa desde hacía veinte años y las cuatro niñas que ambos habían traído al mundo. Teddy era mormón. Bart había tocado en tiempos en un grupo de *death metal* llamado Bloody Show. Se querían como hermanos. Cole y ellos habían crecido juntos casi desde la infancia, en las tierras rocosas y rojizas encajonadas entre cañones del este de Utah. Siendo jóvenes, se habían mudado a las montañas de Jackson Hole en busca de inviernos de esquí casi infinitos, de nieve polvo y de chicas, embriagados por la posibilidad de codearse con famosos en los bares y cafés de la ciudad. Primero habían sobrevivido como pisteros; después, cansados de ser vistos como unos paletos por los turistas —el operario anónimo del telesilla cuya cara se olvida nada más ascender hacia la montaña, el camarero servicial dispuesto a sufrir los insultos de los borrachos con la esperanza de obtener diez dólares de propina—, habían tratado de convertirse en hombres de provecho en aquel mismo entorno.

Esa era la razón por la que, unos pocos años antes, los tres habían fundado la empresa True Triangle Construction, una empresa en toda regla, con tarjetas de visita y hasta papel con membrete. Habían comprado tres camionetas Ford F-150 idénticas, tipo *pickup*, en cuyas puertas habían estampado el logo con forma de triángulo de la empresa, y por primera vez en su vida habían sentido que por fin contaban con aquello que sus padres habían tenido en la suya: un propósito. Construirían casas y apartamentos para turistas adinerados, en efecto, pero sobre todo construirían su propia empresa, un legado, algo que poder dejar en herencia cuando ya no fueran capaces de empuñar un martillo o trepar a un empinado tejado a dos aguas. Qué narices, para entonces tendrían ya varias oficinas, una secretaria —o tres—, comidas de negocios en el centro, flamantes sombreros de cowboy y el rostro enjuto y bronceado propio de los hombres ya entrados en años que se veían por la ciudad exhibiendo ese estilo y esa dignidad exclusivos de los oriundos de las Montañas Rocosas: adustos, fibrosos y taciturnos —«tan sólidos como

Sears», como se decía en tiempos de sus padres en alusión a los productos de los grandes almacenes.

Mientras la furgoneta ascendía traqueteando por el camino de grava, Cole se imaginó a sí mismo en el futuro, muy lejos de allí. Un viernes noche en un acogedor restaurante: frente a él, una bandeja con los restos sanguinolentos de *prime rib* y una patata cocida y, al otro lado, su esposa, una mujer atractiva y elegante a pesar de los años. También: una taza de café bien cargado, un tenedor con restos de chocolate y la relajación satisfecha del hombre que paga la cuenta con los billetes de un fajo que se saca del bolsillo antes de echar la silla hacia atrás, separándose del fino mantel de lino blanco, para limpiarse los dientes con un palillo.

—Si conseguimos este proyecto... —dijo Bart.

—Querrás decir «cuando consigamos este proyecto» —lo interrumpió Cole, dándole un golpecito en el bíceps con el dedo índice—. «Cuando», *amigo*.<sup>\*</sup> Tenemos que creernos que estamos hechos para construir esta casa. Que estaba esperándonos en estas montañas, esperando a que llegaran nuestras manos para levantarla, nuestras putas manos. Tenemos que creérnoslo.

Teddy se inclinó hacia delante desde el asiento de atrás y asomó la cabeza entre los hombros traqueteantes de sus dos amigos. Defensa laureado del equipo de fútbol americano del instituto, Teddy era vulnerable a cosas como los discursos apasionados en el vestuario, las opiniones políticas populistas, las tarjetas de felicitación Hallmark y cada uno de los deseos y caprichos de sus cuatro hijas —los más recientes, unas clases de ballet y una pareja de ponis Shetland que no estaba muy claro que su mujer y él pudieran permitirse.

—A ver, ¿os imagináis la tajada que podemos sacar de un proyecto así? —dijo Cole, casi gritando—. Y si nos deslomamos y no subcontratamos nada... Dios, ya lo tendríamos. Esta puede

\* En español en el original.

ser nuestra puta pista de despegue. El proyecto con el que True Triangle Construction arranque del todo. Lo veis, ¿no? Dedicarnos a construir casas de actores ricos y ejecutivos. Todo empieza aquí —añadió, dando un palmetazo al volante para enfatizar sus palabras.

Cole no tenía dificultad alguna a la hora de imaginárselo. Llevaba haciéndolo desde que la propietaria le había llamado de repente una semana antes, sin previo aviso. Lo cierto era que no había podido dormir desde entonces. Cada noche daba vueltas en la cama dudando de sí mismo, de si estaba capacitado para el encargo y, francamente, de si Teddy y Bart también lo estaban. Porque ¿a qué se dedicaban en realidad? ¿A construir casas de varios millones de dólares? Durante los tres últimos años habían salido adelante como habían podido, reformando apartamentos, tiendas de alquiler de esquís y algún que otro negocio. Se habían comido toneladas de pladur, de tejas y revestimientos. De tanto en tanto, había salido alguna construcción nueva —unas cuantas casas adosadas y unos locales comerciales—, pero joder, ¿cómo iban a estar preparados para acometer algo así?

No obstante, había accedido a reunirse con la dueña en un establecimiento del centro de Jackson llamado Persephone Bakery. Las camareras eran monas —si bien algo menudas y esqueléticas—, los expositores estaban llenos de pastas y pasteles de aspecto extravagante y el café era caro y fuerte, y Cole se sentó fuera, en el pequeño porche, donde dos sofisticadas estufas de propano desafiaban al frío de la mañana.

Llevaba trabajando en la construcción desde que había terminado el instituto y tenía la experiencia suficiente como para recelar de la propietaria —así se referían siempre, sin excepción, a todos sus clientes: el propietario o la propietaria— antes incluso de encontrarse con ella. Para empezar, ¿por qué había elegido a True Triangle cuando existían empresas mucho más conocidas y asentadas en aquella zona? En segundo lugar: a lo largo de

los años había trabajado en decenas de casas de obra nueva y, si bien no era infrecuente que fuera la esposa quien se encargara de elegir los detalles del hogar —los azulejos, los tiradores de los armarios, los puntos de luz o el color de la pintura; esa clase de cosas—, Cole no la había oído mencionar a un marido ni una sola vez. Y no es que él fuera un neandertal o algo así, la propietaria tal vez fuera lesbiana, perfecto, pero tampoco había hecho alusiones a eso. Por teléfono, su voz tenía un tono increíblemente medido y profesional y no había recurrido a la típica charla trivial con la que los propietarios siempre trataban de dorar la píldora a los contratistas. Se había limitado a fijar el encuentro en la pastelería y allí apareció entonces, sosteniendo en una mano un café de cinco dólares en vaso de papel, al tiempo que extendía la otra para estrechar la de Cole. El apretón fue firme.

—Buenos días, señor McCourt —dijo—. Espero que no lleve mucho tiempo esperando.

Cole carraspeó. Frente a él tenía a una de las mujeres más atractivas que había visto en su vida. No podía decir si tenía cuarenta o sesenta años, pero se conducía con un porte aristocrático que no hizo sino agravar su confusión acerca de por qué lo había citado a él y no a otro. Tenía el pelo largo, de un tono castaño rojizo, con vetas color gris piedra en algunas partes, y sus ojos eran de un verde dorado extremadamente llamativo. Cole trató de recobrar la compostura mientras daba un sorbo a su café y fijaba la vista en la mesa por un instante. Sobre sus cabezas, los pájaros seguían piando en las copas de los árboles, mientras en la acera, personas adineradas de cutis reluciente y vestidas con ropa cara se paseaban de arriba abajo, sin prisa, camino de la siguiente actividad recreativa. «Céntrate», se dijo Cole.

—Oh, no, en absoluto —respondió finalmente, obligándose a mirar a su interlocutora a los ojos—, un ratito nada más.

Por aquella mujer, pensó, estaría dispuesto a esperar días enteros.

—¿Cuántos años lleva en el negocio, señor McCourt? Tengo que decir que he intentado encontrar la página de su empresa en internet, pero...

—Bueno, aquí, señora...

—Gretchen, por favor.

—Gretchen, muy bien. Bueno, por aquí lo que suele funcionar es el boca-oreja, ¿me entiende? Si haces bien tu trabajo, la gente sabe cómo encontrarte. Así que en los más de tres años que llevamos con True Triangle no hemos necesitado hacer mucho marketing.

—Aun así, tal vez deberían cuidar un poco más su marca, o cualquier cliente potencial pensará que todo a lo que aspiran es... bueno, a levantar y tirar tabiques.

¿Su marca?, pensó Cole, y lo primero que se le vino a la cabeza fue el rancho de su tío, donde había trabajado de adolescente marcando y castrando reses. El chisporroteo del hierro y el olor a carne y a pelo quemados no le traían buenos recuerdos.

—O tal vez eso es todo en lo que están interesados —continuó Gretchen—, en cuyo caso no quisiera hacerle perder más tiempo.

Cole trató de rehacerse.

—Mire, Gretchen, todo lo que puedo decirle es esto: mis socios y yo llevamos trabajando en el negocio de la construcción, aquí y en los alrededores, unos veinte años. No tenemos oficinas lujosas, no vivimos en grandes ranchos ni veraneamos en las islas Turcas y Caicos ni nada por el estilo. Solo somos tres personas sencillas y trabajadoras, pero si decide contratarnos puedo garantizarle que cumpliremos nuestro acuerdo. Tiene usted mi palabra.

Gretchen dio un sorbo a su café y Cole advirtió que cruzaba las piernas bajo la mesa. Estudió su rostro y se sintió tentado de acariciar las pecas oscuras que espolvoreaban su nariz y sus mejillas. Se imaginó a sí mismo junto a ella, en la cama, por la mañana, mordiéndole el lóbulo de la oreja, embriagado por su



aroma a té exótico y a perfume caro; o quizá a caballos y miel... o tal vez solo al aire frío y puro de la montaña.

Cole y su mujer estaban en proceso de separación, muy cerca en realidad —él lo sabía— de divorciarse oficialmente. Su vida había adquirido una cualidad inestable. Por lo que parecía, Cristina se había ido a vivir con su nueva pareja y el apartamento que ella y Cole habían compartido estaba ahora prácticamente vacío. Él había comenzado a empaquetar parte de sus pertenencias, pero solo a medias, resistiéndose a creer que su separación fuera a ser realmente definitiva. Cole no les había contado mucho a sus socios sobre su nueva situación, aunque en el fondo y muy a su pesar, sabía que lo más sensato que podía hacer era mudarse a casa de Bart, lo que a su vez constituiría una señal inequívoca de que su vida había entrado en retroceso.

—Da usted la impresión de ser una persona en la que se puede confiar —dijo Gretchen, soplando suavemente sobre el café.

¿Lo era? Si no estuviera saliendo de un matrimonio de siete años... Aunque, sentado allí, tan cerca de Gretchen que ambos bien podrían haber sido dos amantes compartiendo el primer café de la mañana, se concedió un momento para sopesar lo que «salir de un matrimonio» podía significar.

—Gracias —contestó.

—Y la discreción sería sin duda una parte importante de nuestro acuerdo en caso de que decidiera encargarse a su empresa la construcción de mi casa.

Su «empresa». Cole imaginó por un momento la envergadura del proyecto. Se imaginó la página web que Gretchen había mencionado —y que a él no se le había ocurrido encargarse siquiera— y las fotografías de la casa, esa clase de imágenes ostentosas, de pornografía doméstica y casas de ensueño que parecían bañadas en oro. Y se imaginó, por qué no, saliendo en algunas de ellas, con Gretchen a su lado —al lado del constructor— en un porche panorámico, o apoyados sobre una monolítica isla

de cocina, sosteniendo sendas tazas de manzanilla. Oh, cuando su futura exmujer viera todo aquello.

Cole suspiró discretamente.

—Bueno, pues... hágale un poco del proyecto, Gretchen, para que pueda hacerme una idea del terreno que pisamos.

Ella dio otro sorbo a su café.

—Veamos. La parcela está en una zona apartada. Tiene unas cuatrocientas hectáreas, aproximadamente. En cuanto a la casa, no será una recreación hortera de un rancho ni una especie de cabaña gigantesca, así que, si esos fueran sus fuertes, señor McCourt, puedo ahorrarle las molestias.

El corazón de Cole dio un pequeño salto antes de advertir que la noción de «hortera» de Gretchen podía distar mucho de la suya. No es que él estuviera a favor de lo hortera, no, lo que sucedía es que «hortera» solía significar «caro» y todo lo que fuera caro comportaba, lógicamente, más ingresos para el constructor.

—Imagínese algo parecido a la Casa Schindler, solo que con tres plantas, un diseño aún más audaz y abrazando una montaña. Mil ciento cincuenta metros cuadrados, tres garajes y huella de carbono cero. Sistema geotérmico de calefacción y refrigeración, energía solar activa y pasiva. Una chimenea central construida enteramente con piedras de canteras locales. Cuatro dormitorios, tres baños. Con eso debería poder hacerse una idea general.

Cole fue asintiendo a todo mientras escuchaba, si bien la parte de la Casa Schindler lo dejó un poco en fuera de juego — «¿como la peli de Spielberg?», se preguntó—. Aun así, a medida que Gretchen hablaba, comenzó a calcular costes en su cabeza y a multiplicar esa cifra creciente por el diez por ciento que True Triangle facturaba como empresa constructora. De acuerdo, la casa no iba a ser una monstruosidad de dos mil quinientos metros cuadrados, pero su precio estaría en la parte alta de las siete cifras, de modo que True Triangle podría lle-

vase cerca de un millón de dólares si Teddy, Bart y él trabajaban de sol a sol y evitaban subcontratar tanto como pudieran. Joder, incluso externalizándolo todo todavía se llevarían un buen pellizco.

—Suena muy bien —dijo Cole, asintiendo—. ¿Dónde está la parcela?

—Al sudeste de la ciudad —respondió ella—. A unos sesenta y cinco kilómetros.

Aquella información enfrió por un momento las expectativas de Cole. Habían realizado algunos proyectos lejos de la ciudad, a ochenta kilómetros, incluso alguno a más de cien, y sabía por experiencia que una vez que se incluían en los gastos el tiempo de desplazamiento, la gasolina y el transporte de los materiales se podían perder miles o decenas de miles de dólares, a lo que había que añadir las entregas fallidas, los pequeños imprevistos o incluso cosas tan aparentemente inocuas como los recitales infantiles de las niñas de Teddy... todo sumaba. Si para colmo dabas con un cliente tacaño, podías olvidarte de sacarte limpia la cantidad que en principio habías presupuestado. Pero Cole no tuvo tiempo de seguir barruntando aquello.

—Señor McCourt, ¿sabe usted quién soy?

Cole no lo sabía, y eso que se había pasado la última semana tratando de averiguarlo. Había buscado el nombre —Gretchen Connors— en Google, por supuesto, pero el resultado de la búsqueda había arrojado cientos de «Gretchen Connors». Una jugadora de la liga femenina de baloncesto, una reputada chef vegana y una magnate de los tulipanes eran las que más sobresalían entre la masa de personas homónimas y en apariencia menos conspicuas. Cole había preguntado a la gente por ella en la propia ciudad, pero también sin resultados. Cuando comentó con Teddy y Bart esta ausencia de información, sus socios no parecieron inmutarse. Cada año llegaban a la pequeña y pintoresca ciudad —y a la estación de esquí— más y más fortunas de fuera del estado, más y más forasteros vestidos con pren-

das Patagonia y North Face, y hacía tiempo que las zapatillas Nike y New Balance habían sustituido a las botas de cowboy. Con todo, lo único que resultaba aún más exasperante que esta pérdida gradual de la cultura local era la fastidiosa afición de los foráneos a disfrazarse los viernes noche con sus mejores galas vaqueras. Podías encontrarte al director de un fondo de inversión neoyorquino con acento de Brooklyn luciendo unas botas de cowboy, marca Ferrini, de mil trescientos dólares, o a una surfera californiana con una cazadora de cuero con flecos de cinco mil dólares... En definitiva, que no resultaba tan raro que nadie supiera de dónde salía Gretchen. «Bueno, quiere hacerse una casa», había dicho Bart, «así que, obviamente, no es de por aquí. ¿A quién le importa, mientras sus cheques tengan fondos?»

—No, señora —respondió Cole, mirando a Gretchen a los ojos—, la verdad es que no lo sé.

—No pasa nada, supongo. Así pues, ¿está usted interesado en mi proyecto, señor McCourt? Y, siendo más concretos, ¿tiene su empresa el tiempo y la capacidad necesarios para acometer una obra como esta?

—Sin duda alguna —respondió él—. Y estamos interesados, claro.

—Perfecto. Siendo así, ¿le parece si nos citamos en la propiedad dentro de una semana? Le enviaré la dirección y los detalles con suficiente antelación.

Gretchen se levantó de la mesa y alargó el brazo para alcanzar su bolso Louis Vuitton. Incluso Cole podía reconocer el logotipo y el diseño de aquella marca. Su futura ex, Cristina, había comprado una imitación mucho tiempo atrás, en un viaje que habían hecho a Nueva York.

—Mientras tanto, hablaré también con alguna otra empresa —dijo ella, volviéndose hacia la calle.

Durante toda la entrevista Cole había permanecido sentado sobre una carpeta azul estucada con el logo de True Triangle.

Cuando la tomó apresuradamente para entregársela a Gretchen, la cartulina, gruesa y reluciente, todavía conservaba el calor de su muslo.

—Está todo dentro —dijo—. Todas nuestras referencias.

Al levantarse para estrechar la mano de Gretchen se dio cuenta de repente de que apenas había tenido oportunidad de vender las bondades de su empresa. Y que aquella muy bien podía ser la última vez que viera a aquella mujer.

—Estaremos en contacto —dijo ella, y Cole no pudo evitar sentirse como si lo acabaran de descartar.

Era evidente que aquella mujer estaba acostumbrada a levantar sesiones. Cole sintió un fuerte deseo de saber algo más sobre ella, en qué trabajaba, dónde vivía, de dónde procedía su fortuna y, más importante aún, en cierto modo, si estaba casada o salía con alguien.

—¿Cómo? —preguntó él, casi gritando.

—Le llamaré para darle la dirección. Que tenga un buen día, señor McCourt.

Y, dicho esto, caminó media manzana antes de meterse en un Range Rover negro y alejarse en él.

Cole estaba seguro de haberla cagado. Traspasado por un agudo sentimiento de fracaso, condujo hasta el emplazamiento de la obra en la que estaban trabajando en ese momento, un edificio anodino de dos pisos de color beige en el que un jacuzzi desbordado había causado diversos daños. Al parecer, un grupo de universitarios se habían ventilado una caja de champán Veuve Clicquot y habían hecho una fiesta en la bañera, derramando tanta agua que el suelo, que ya debía de estar bastante podrido, había cedido por completo. El jacuzzi se había desplomado y no solo había hecho un agujero en el techo del primer piso, sino que había destrozado todo lo que había debajo. La reparación del desaguisado podía llevarles unas dos semanas de trabajo, si es que lograban estirarlo tanto antes de que True Triangle Construction se embarcara en otra chapuza ingrata.

La camioneta de Cole continuó su esforzada ascensión de la montaña. A lo lejos, a un kilómetro o más de distancia, distinguieron una columna de polvo que se elevaba hacia el cielo, como si fuera la señal de un fuego extinguido.

—¿Qué pasa ahí arriba? —preguntó Teddy, señalando hacia la columna de color caqui a través del parabrisas.

—Parece que se cuece algo gordo —masculló Cole.

Siguieron avanzando lentamente, alerta, escudriñando las laderas de la montaña y los taludes en busca de osos, alces, ciervos o cabras montesas. Más abajo, en el cañón que encajonaba el accidentado curso del río, no habían visto ni un solo pescador con mosca. Y tampoco se habían cruzado con caravanas, caballos ni *quads* por la pista de grava. Solo había derrubios, montaña y pino contorto.

Tras doce minutos más de traqueteos y tumbos, descubrieron que el origen de la nube de polvo era una cuadrilla de máquinas y operarios: un volquete, una excavadora, dos camiones de plataforma, dos topadoras y una Bobcat. Cole aparcó la camioneta en un lateral de la senda y los tres socios de True Triangle salieron fuera, poniendo el pie sobre la grava con la suficiencia desafiante de tres pistoleros que acuden a resolver un conflicto. Cole no podía describirlo con exactitud, pero lo cierto era que cada vez que dos grupos de trabajadores del gremio de la construcción se encontraban se producía siempre una especie de tanteo mutuo y en el aire flotaba una predisposición al juicio. En cuanto aparecían, los recién llegados comenzaban a evaluar el trabajo de los que ya estaban allí trabajando, quienes a su vez adoptaban la actitud defensiva de un ejército atrincherado —«no tenéis ni idea de la que hay aquí liada, colegas... El propietario... Este maldito tiempo...».

Por suerte, sin embargo, Teddy reconoció entre los obreros a un miembro de su parroquia mormona, de modo que todos pudieron saltarse la parafernalia viril al ver que ambos se saludaban con sincera cordialidad. Más relajados, los operarios

saltaron de las máquinas con la intención de aprovechar el receso para dar un trago de agua de sus botes isotérmicos y echar un cigarro rápido.

—¿Quién diablos sois? —preguntó un hombre ya entrado en años, sorprendido de tener compañía en aquel paraje solitario.

—Cole McCourt. True Triangle Construction —respondió Cole, tendiéndole la mano.

Ambos se estrecharon las manos, aunque se produjo un momento algo incómodo cuando el viejo, que no se molestó en presentarse, se quedó de pie estudiando a Cole y a sus acompañantes.

—Menuda obra —le dijo Cole, señalando la montaña y el camino de grava—. ¿Cuánto tiempo lleváis trabajando en esto?

—Joooooder —dijo el hombre rascándose la cabeza—. Desde que dejó de nevar en primavera. Mayo, por lo menos. Hemos trabajado como perros. Siete días a la semana. La propietaria paga las horas extra y lo quiere todo para ayer. Nunca vi cosa igual.

—¿Sabes algo de ella? —insistió Cole, tratando de averiguar un poco más.

El hombre mayor enarcó una ceja y dio una calada a su cigarrillo.

—Bueno, la llamamos «la Zorra», por razones obvias —respondió—, pero lo único que sé es que sus bolsillos no tienen fondo y que sus cheques siempre se cobran. No se entromete mucho en nuestro trabajo y no suele andar por aquí, aunque ahora está ahí arriba. ¿Habéis echado un ojo al terreno?

Cole negó con la cabeza.

—He trabajado en algunos proyectos de lujo —dijo el hombre—, pero este se lleva la palma. Va a ser algo especial —añadió, antes de escupir en el suelo—. ¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó, quitándose la vieja gorra de los Denver Broncos para rascarse la cabeza.

—McCourt. True Triangle Construction.

—Ajá. Nunca he oído hablar de vosotros. Bueno, tenemos que volver al tajo. —Y tras tocarse la visera de la gorra con el dedo, trepó de vuelta a la cabina del volquete—. Nos veremos por aquí.

Cole, Bart y Teddy subieron a la camioneta y arrancaron de nuevo. Medio kilómetro más adelante, sin embargo, Cole se detuvo otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó Teddy.

—Necesito un momento —respondió Cole, cerrando los ojos—. No sé, no quiero plantarme ahí de repente sin tener las ideas claras.

—Parece un buen momento para rezar —dijo Teddy, recostándose de nuevo contra el asiento trasero—. Voy a rezar por nosotros.

—Muy bien —dijo Bart, escupiendo por la ventanilla—. Nunca viene mal una ayuda extra.

La camioneta permaneció detenida durante los dos o tres minutos que Cole tardó en abrir los ojos de nuevo, una vez que su corazón hubo recuperado el ritmo normal.

Bart lo miraba fijamente, como si fuera un caso perdido.

—¿Estamos? —le dijo.

—Vale, vale, vale —respondió Cole—. Vamos allá.

El paisaje se fue tornando más angosto, cerniéndose sobre sus flancos a medida que seguían ascendiendo. El nuevo camino serpenteaba entre dos paredes casi verticales a las que el sol de mediodía arrancaba reflejos de un dorado mantecoso. Aquellos riscos se elevaban más de trescientos metros sobre la carretera, que trazaba una suerte de cañón en forma de V, con el río todavía a la derecha, estrechándose cada vez más. La pista concluía al llegar al río, abriéndose para formar una zona de giro en forma de O. Allí estaba aparcado el Range Rover negro de Gretchen, ahora de color pardo debido al polvo. Un camino asfaltado partía de la isla de grava y cruzaba un puente de acero que conducía a su vez a lo que parecía el incipiente esqueleto de una casa.



Los tres hombres bajaron del vehículo y se quedaron allí erguidos, respirando el aire puro de la alta montaña y contemplando los riscos que relucían sobre ellos mientras estiraban la espalda. En el cielo, tres o cuatro buitres volaban en círculos aprovechando una corriente de aire cálido. Desde las copas de los pinos que flanqueaban el torrente, una bandada de pinzones rosados de capa negra los retó en la distancia con sus trinos. Cole estaba confundido. Gretchen no había mencionado que la casa ya hubiera empezado a construirse.

—¡Por aquí! —dijo una voz de mujer a sus espaldas.

Al girarse, vieron a Gretchen ascendiendo por una pendiente situada un poco más abajo y que conducía hasta el turbulento cauce.

Cole se apresuró a ayudarla, ofreciéndole su brazo como apoyo durante el último tramo de la cuesta, muy empinado. Gretchen iba vestida con unos pantalones de yoga caros y una sudadera de licra. Parecía una modelo de los catálogos de prendas deportivas femeninas que la exmujer de Cole solía recibir. Se había recogido los cabellos rojizos en una coleta y una fina capa de sudor brillaba levemente en su frente y en la pelusilla, apenas visible, de su labio superior. Al llegar arriba se sacudió el polvo de las manos y se retiró del rostro un largo mechón rojizo. Los tres hombres se quedaron inmóviles, contemplándola por unos momentos antes de recuperar la compostura y desviar educadamente la mirada.

Bart miró de refilón a Cole: era evidente que Gretchen le gustaba. Estaba claro desde el momento que había saltado como un resorte, presto para asistirle, como si fuera una reina. No era habitual ver a Cole tan solícito, pensó Bart. No habían hablado mucho acerca de la separación, pero Bart sabía que Cole estaba hecho polvo desde las primeras fases del divorcio y hacía mucho tiempo que no advertía huella alguna de entusiasmo en su amigo, ningún indicio de alegría, salvo por los fugaces momentos en que se abría una cerveza helada y bien merecida al final de

una dura jornada de trabajo, o en las raras ocasiones en las que ambos compartían un porro. Salvo esas contadas excepciones, Cole llevaba dos años hundido y era una sombra del hombre con el que Bart y Teddy se habían mudado a aquellas montañas.

«Parece que el cabrón se ha enamorado», pensó Bart.

—Bueno, veo que han encontrado el camino —dijo Gretchen sin alterarse un ápice.

—Veníamos los tres diciendo que nunca habíamos visto un lugar tan maravilloso —dijo Bart, antes de girar la cara y meterse un dedo en la boca para sacarse lo más discretamente posible la bola de tabaco que estaba mascando.

Teddy había fijado la vista más allá del cauce del río, en un punto en el que unas volutas de humo parecían ascender desde la base misma de la montaña.

—¿Eso es vapor? —preguntó.

Gretchen sonrió.

—Síganme —dijo, y los tres hombres la obedecieron.

En el límite de la zona de giro comenzaba un camino de asfalto que llegaba hasta el puente de acero que salvaba el curso del río. Una vez que dejaba atrás la impetuosa corriente, el camino se estrechaba ligeramente y concluía en el lugar de la obra, ya comenzada.

Bajo lo que había de ser la vivienda, alineado con la pared de la montaña, se había construido ya un garaje de tres plazas. Sobre él se levantaba un armazón de dos pisos sostenido por grandes vigas verticales, la primera de cuyas plantas se asomaba en voladizo a lo que, pudieron descubrir, eran fuentes termales envueltas en una nube de vapor. Por lo que parecía, una filtración que brotaba del propio costado de la roca alimentaba una piscina de aguas cristalinas que, al rebosar, nutrían a su vez un pequeño arroyo que descendía hasta el río. Aquella piscina natural, que debía de llegar a los dos metros de profundidad en su zona más honda, tenía el tamaño aproximado de media pista de tenis.

—¿Todo esto es suyo? —exclamó Teddy.

Cole cerró los ojos, avergonzado.

—Sí —dijo Gretchen—. No está mal, ¿verdad?

—He visto sitios impresionantes —farfulló Bart, frotándose la mandíbula y su barba de dos días—, pero esto de aquí, esto de aquí...

Gretchen se sentó sobre una de las rocas adyacentes a la fuente termal, mirando hacia el valle y hacia las paredes verticales de los riscos, que brillaban ahora como si las consumiera algún fuego interno.

—Con el debido respeto, pero no mencionó en ningún momento que la obra ya estuviera iniciada —dijo Cole con tono circunspecto.

—La cuestión es que hubo un imprevisto —dijo ella, y señaló la casa—. Mi anterior contratista se marchó.

—Llegados a este punto he de confesarle que estoy un poco confundido —dijo Cole—. Porque si su contratista era de por aquí, nosotros nos hubiéramos enterado de este proyecto. Y si usted hubiera perdido a un contratista local, algo habríamos oído al respecto, sin ninguna duda. Por no hablar de que la casa está ya más que empezada.

Si bien era cierto que Cole sentía algo por aquella mujer, no lo era menos que en aquel momento estaba cabreado —no podía negarlo— y ni siquiera hizo el esfuerzo de controlar el temblor de su voz.

Ella asintió en silencio y trazó una línea sobre la vaporosa superficie del agua con la punta del dedo.

—Señor McCourt —respondió—, tenía la impresión de que estaba interesado en este trabajo. Lo cierto es que no tengo la intención de remover las cosas. Baste con decir que mi primer contratista y yo no veíamos las cosas de la misma manera. Él y su equipo ya no están aquí, de modo que necesito un nuevo constructor. No tengo por qué darle más explicaciones de algo que no le incumbe. Ahora bien, si ni usted ni sus socios van a

aceptar el encargo —añadió, girándose y dándoles la espalda—, por favor no me hagan perder el tiempo.

—Debieron tener un motivo —dijo Bart—. Uno no deja así como así un proyecto como este.

Gretchen suspiró.

—Tengo que ajustarme a un calendario muy estricto —continuó— y, simplemente, no estoy dispuesta a aceptar nada que no cumpla con los más altos estándares de calidad. Soy exigente. E insisto, el trabajo ha de realizarse en unos plazos bastante ajustados. Resumiendo, mi anterior constructor no demostró ser capaz de cumplir su parte del acuerdo. Así que al final decidimos cancelarlo. Dicho lo cual, pensé que usted vería su pérdida como una oportunidad para ustedes.

—¿Quién era su anterior contratista? —preguntó Bart.

—Le digo que eso no es de su incumbencia —respondió Gretchen con tono cortante—. Y es inútil que sigan preguntando. Para preservar la intimidad de este lugar el contratista y su equipo firmaron un acuerdo de confidencialidad. Puedo asegurarles que, aun así, fueron bien compensados por el trabajo que hicieron.

Los tres hombres se miraron unos a otros sin decir nada. Teddy se encogió de hombros. Cole asintió lentamente mientras se daba golpecitos en el labio con el dedo. En cuanto a Bart, se quedó mirando la casa, con los brazos cruzados sobre el pecho, apretándose los bíceps con los dedos.

Gretchen se volvió de nuevo hacia los tres hombres, mientras su mano izquierda jugueteaba aleteando entre el vapor.

—Miren —dijo con voz hastiada, protegiéndose los ojos del sol del mediodía—, la parte más peligrosa del trabajo ya está hecha. El terreno está preparado y la cimentación lista. Los pilotos ya deberían estar curados. El encofrado del garaje y de la primera planta están acabados. Una empresa especializada de Denver ha colocado y asegurado las vigas. Los pozos geotérmicos ya han sido perforados. La instalación eléctrica inicial

también está hecha. Lo que necesito es un constructor que concluya el trabajo. Un equipo de profesionales capaz de trabajar a destajo y que cuide los detalles. Espero, señor McCourt, que usted sea la persona dispuesta a ello.

Cole pudo percibir cómo las miradas de Bart y Teddy se posaban sobre él y supo por qué. Los tres eran socios con el mismo rango, pero Gretchen se dirigía todo el rato a él como si fuera el jefe... Pero ¿acaso no habían estado todos de acuerdo en que fuera él quien se reuniera con ella la primera mañana? No había más remedio que tirar para adelante.

—Señora, no sé muy bien qué decirle... Todo esto es... muy raro. Todo, seguro, y mentiría si no dijera que me da mala espina.

—¿Mala espina? —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Mal rollo —aclaró solícito Teddy—. Ya sabe, yuyu.

Gretchen se incorporó, sosteniendo un guijarro entre los dedos.

—Tonterías —dijo—. He construido casas antes. Sé lo que estoy haciendo. Y no tenía otra opción, se lo aseguro. Para concluir esta casa en el plazo previsto necesitaba un nuevo contratista. Miren, está todo revisado y aprobado, los permisos firmados y las tasas, pagadas. Eso debería darles algo de tiempo para situarse y empezar a pedir presupuestos del resto de tareas: la parte final de la estructura, el tejado, acero, marcos y ventanas, molduras, carpintería, suelos... El único subcontratista con el que quiero continuar es mi cantero. Un tercio de la chimenea ya está hecho. Mi cantero lleva más de una década trabajando conmigo y no le confiaría esa chimenea a nadie más.

—No sé qué decirle —respondió Cole.

Y no mentía. Las cosas no eran en absoluto como había esperado. Un contratista podía ser despedido, sin duda, eso pasaba. Pero los contratistas rara vez dejaban escapar un proyecto como aquel. Y ahora había algo en la voz de ella... algo que sonaba urgente, casi desesperado. Para ser una mujer en apariencia tan

reservada, tan profesional, de repente hablaba más rápido, y más alto también, como si quisiera empujarlos a tomar una decisión.

—¿Por qué nosotros? ¿Eh? —le espetó Bart—. Quiero decir, pongamos las cartas sobre la mesa. Usted está forrada. ¿Por qué elegir a tres tipos que ayer mismo estaban poniendo pladur? ¿Cuál es la razón?

Gretchen lanzó el guijarro a la fuente termal y se limpió una gota de sudor que pendía de su nariz.

—Por dos razones —respondió, sonriendo con frialdad—. La primera: los constructores de la zona son como una pequeña hermandad, como estoy segura que saben. A pesar del acuerdo de confidencialidad, sospecho que mi anterior contratista me puso en alguna lista negra cuando decidimos romper nuestro acuerdo, porque ningún otro me devuelve las llamadas e, incluso si lo hicieran, estoy segura de que intentarían cargarme todo el sobrecoste que pudieran. Ya saben cómo funciona esto: diez mil extra por las encimeras, cinco mil por el tejado... Como les acabo de decir, no es la primera vez que construyo una casa. Piensan que no podré apañármelas, que por ser mujer no voy a ser firme. Pero sí sé. Y también sé que no me van a engañar porque mi cantero, Bill, está pendiente de todo. Él es mis ojos y mis oídos cuando estoy fuera.

—¿Y la otra? —preguntó Cole—. ¿La otra razón?

—Necesito que la casa esté terminada antes de Navidad —respondió ella, sacudiéndose el polvo de las manos y dedicando una sonrisa a cada uno.

—Señora, pero eso serían... —balbució Teddy mientras contaba con los dedos—. ¿Cuatro meses? —Y miró la obra como si fuera una montaña de ocho mil metros que tuvieran que escalar en una sola tarde—. La verdad, no sé si...

—Yo sí que sé, no hay Dios que lo haga, es absolutamente imposible —dijo Bart.

—¿Lo es? —preguntó ella—. ¿Por qué no comemos algo y discutimos los pormenores del encargo?

Los tres hombres intercambiaron una mirada contrariada y descreída mientras Gretchen los conducía de nuevo por el sendero asfaltado hasta el lugar donde tenía aparcado el Range Rover. Una vez allí, la propietaria pulsó un botón del mando a distancia y la portilla trasera del vehículo se abrió automáticamente, dejando escapar una corriente de aire climatizado y revelando un pequeño pícnic cuidadosamente preparado hasta el último detalle, incluido el mantelito a cuadros y todo lo que reposaba sobre él: una botella fría de Sancerre y varias botellas de cerveza helada, sándwiches de jamón y queso Gruyère, una primorosa ensalada de patata, un bote de pepinillos y hasta una bandejita con *brownies*. Los tres hombres se miraron, con las manos todavía en los bolsillos, antes de echar otro vistazo al emplazamiento de la futura casa.

Bart meneó la cabeza.

—Mire... —dijo, mientras aceptaba el sándwich que le ofrecía Gretchen—, oh, gracias. Lo que usted pide... le voy a ser sincero. No me extraña que el anterior contratista la dejara tirada. He trabajado en muchas obras en las que había que ir deprisa para cumplir un plazo. Obras en las que, básicamente, se trabajaba día y noche, que es lo que usted nos está pidiendo. Pero así es como se producen los accidentes. Terminas trabajando a oscuras. Luchando contra los elementos. Acabas exhausto, e incluso los hombres más duros se ponen enfermos. Hay accidentes con las pistolas de clavos, tropiezos, caídas, se cometen errores estúpidos... Joder, he visto cómo un rayo alcanzaba a un peón que trabajaba en mitad de una tormenta. La descarga lo lanzó a veinte metros de la casa, pero ya estaba muerto antes de que tocara el suelo.

—Están buenísimos los sándwiches, por cierto —dijo Teddy, sonriendo antes de meterse un carísimo pepinillo en la boca.

Cole y Bart fulminaron con la mirada a su amigo, quien no pareció darse cuenta de ello.

Sentada sobre el parachoques del vehículo, Gretchen se zampó con esmero su sándwich mientras mantenía la vista fija en Bart. Cuando terminó, se limpió las manos con una servilleta y dio un sorbo a su vino.

—He olvidado mencionar lo que cobrarían de prima —dijo.

Los tres hombres modificaron sutilmente su postura. Bart se puso la mano delante de la boca para toser. Teddy estiró los brazos por encima de la cabeza y comenzó a rascarse la coronilla. Cole cambió el peso de una pierna a otra mientras presionaba un dedo contra los labios. Si hubieran estado sentados a una mesa de póquer, los tres habrían retransmitido claramente qué mano llevaban.

—Ciento cincuenta mil dólares para cada uno de ustedes si la casa está terminada antes de Navidad.

—¡Su puta madre! —exclamó Teddy.

—No me jodas —murmuró Cole.

—¿Y si no la acabamos en plazo? —preguntó Bart, tratando de recomponerse.

—Cobrarán, por supuesto. La tarifa estipulada en su contrato —dijo Gretchen, con tono profesional—. Pero, obviamente, las primas, no.

—Pero ¿por qué? —preguntó Bart—. ¿Por qué Navidad? En esas fechas esto estará enterrado en nieve sí o sí. No hay manera humana de que pueda mantener el acceso despejado durante todo el invierno.

—¿Cómo se apellida usted, Bart?

—Christianson, señora. Bartholomew Christianson. Pero todo el mundo me llama Bart.

—Su nombre completo es un poco trabalenguas, pero verá, señor Christianson, trataré de ser breve. Baste con decir que para mí el tiempo es, digamos, más valioso que el dinero, ¿de acuerdo? Soy una mujer ocupada, muy ocupada. Y no se preocupe por el camino de entrada. Es asunto mío y ya me encargaré yo de mantenerlo despejado, independientemente de lo que cues-



te. Dicho lo cual, si usted y sus socios no están interesados en este trabajo, por favor, díganlo y dejemos de hacernos perder el tiempo. Estoy segura de que tendrán que irse a colocar canaletas en algún lado.

Gretchen les dio la espalda y comenzó a recoger el almuerzo, y ellos permanecieron ahí de pie, mirándose, mientras el río rugía más abajo y en el cielo, sobre sus cabezas, uno de los buitres seguía describiendo círculos.

—¿Puede darnos un minuto, Gretchen? —preguntó Cole—. Creo que tenemos un principio de acuerdo, pero, obviamente, el plazo que propone... eh... bueno, complica ligeramente las cosas, ¿no cree?

—Le diré lo que haremos, señor McCourt —respondió ella—. Voy a acercarme con el coche para ver cómo van con la obra del camino. Tienen tiempo y espacio de sobra para su pequeña charla. Y pueden acercarse de nuevo a la obra y estudiarla más detalladamente, si así lo desean. Como les he dicho, todo el trabajo de preparación está hecho. Solo necesito un contratista general que garantice el avance del proyecto. La cuestión es: ¿son ustedes las personas que estoy buscando?

Y tras decir eso cerró el maletero de un portazo, se subió al coche y arrancó, haciendo saltar un puñado de grava del suelo.

La deliberación no duró mucho. Cuando un cuarto de hora más tarde se encontraron de nuevo con la propietaria en mitad del camino, Cole presionó para elevar la prima a un cuarto de millón para cada uno. Ella suspiró y, finalmente, cerraron el acuerdo en ciento setenta y cinco mil dólares. Media hora después regresaron al lugar donde se alzaba el esqueleto de la casa y allí, junto a la fuente termal, firmaron los papeles que ella ya tenía preparados. Acto seguido, Gretchen sacó cuatro copas aflautadas y sirvió en ellas un champán delicioso, muy frío y espumoso. Ninguno de los tres hombres había probado un Dom

Pérignon en su vida, pero no necesitaron discutirlo para acordar que les gustaba mucho. Muchísimo.

Sabía a éxito.